

## INFLUENCIAS DE LA LITERATURA ESPAÑOLA EN LA FORMACION CULTURAL DEL ESTUDIANTE CHILENO: ENCUENTROS Y DESENCUENTROS \*

Prof. Marcos Urra Salazar

### INTRODUCCION

El trabajo que presento a continuación está inspirado en tres motivaciones fundamentales. **Primero**, porque en la educación formal de los estudiantes de Chile, la lectura, análisis e interpretación de textos literarios españoles es una práctica tan frecuente y voluminosa, que, cuantitativamente, desplaza en grado sumo a la lectura, conocimiento, análisis e interpretación de nuestra propia literatura. Esta paradoja, que alguien pudiera justificar desde una perspectiva histórica de "antigüedad" cultural, se genera por la influencia que ejerce en el conocimiento literario del país la estructura de los actuales planes y programas de la asignatura de castellano (como aún se denomina la enseñanza de la lengua y literatura española) obligatoria obviamente en los niveles de enseñanza básica y media. **Segundo**, el natural distanciamiento histórico-cultural que media entre las producciones literarias españolas y la recepción que de ella tiene el estudiante chileno, deriva progresivamente en una falta de comprensión e interés por estas manifestaciones artísticas. **Tercero**, las circunstancias histórico-políticas vividas en Chile en el período de intervención militar, generaron un vacío enorme de encuentro o conocimiento de los más actuales escritores y obras españolas contemporáneas, lo que da como resultado que para el común de la gente, el conocimiento de la literatura española termina con García Lorca, Buero Vallejo, y en el mejor de los casos, con el conocimiento de las obras primeras de Camilo José Cela o Carmen Laforet. Y podemos agregar un cuarto elemento: la heterogeneidad de las prácticas críticas con las cuales se enfrenta el análisis de las obras, la mayoría de origen europeo y norteamericano, que desorientan aún más el acercamiento a una manifestación artística que muchas veces no pasa de ser un medio para la aplicación y exhibición de modelos formalistas, estructuralistas, semióticos, neorretóricos, etc.

Todo lo anterior, genera un preocupante panorama en el que confluyen un sinnúmero de factores que pueden determinar un disociamiento tal que la literatura española pase, de una influencia profunda en la formación cultural en el estudiante chileno, a un alejamiento tal que termine de concretar un ya marcado distanciamiento entre estos dos espacios culturales. La exposición que hago a continuación no tiene otra pretensión que graficar una situación llena de paradojas, marcada por encuentros y desencuentros —como lo señalo en el título—, para concluir en una serie de sugerencias de las medidas que pudieran ordenar este inusual panorama. Estas medidas o acciones nada tienen que ver con peticiones de apoyo material o líricas invocaciones a la hermandad y fraternidad de los pueblos, a materializar el encuentro entre dos mundos, etc., ya que no es este el auditorio ni la ocasión para tales planteamientos; ni mucho menos, es la línea del diálogo e intercambio académico que se ha dado entre nuestros países. Simplemente, deseo que sean recepcionadas como un planteamiento crítico a una situación dada, al deseo de exponer el desaprovechamiento que por distintas razones se ha hecho de estos vínculos naturales y preestablecidos, con el fin de evitar en el futuro el agudizamiento de un problema que aún es posible revertir. Mi conocimiento de los sistemas de enseñanza universitaria de la literatura tanto en Chile como en España, me hacen ver con esperanza la posibilidad de un cambio, ya que en ambos contextos existe un enorme aprecio por la literatura de uno y otro país. Creo que a nadie en España le pueden sonar lejanos los nombres de Huidobro, Neruda, Donoso o Allende, así como nuestra familiaridad con Cervantes, Bécquer, Unamuno, Valle-Inclán, es un hecho totalmente asumido.

\* Este trabajo fue presentado en el XXIX Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana (IILI), titulado "Iberoamérica y España: Literaturas en Contacto", realizado en la Universidad de Barcelona entre el 15 y 19 de junio de 1992.

## I. LOS ENCUENTROS:

### 1. La Literatura española en la educación formal.

#### 1.1. La Educación Universitaria (en la formación del profesor de español).

En Chile, en la actualidad, existen once Universidades que otorgan el título de Profesor de Castellano, Licenciado en Español o Licenciado en Educación con mención en español. Los egresados de estas instituciones de Educación Superior tienen como destino laboral mayoritariamente la docencia en Liceos o establecimientos educacionales de Enseñanza Media (equivalente al BUP español). Sólo un ínfimo porcentaje sigue la carrera académica a través de programas de Master y Doctorado, quienes se desempeñan principalmente en la enseñanza universitaria.

En un proyecto de investigación que realizo actualmente junto a cuatro colegas del Instituto de Filología Hispánica de la Universidad Austral de Chile, titulado "Fundamentos para la innovación curricular en la enseñanza de la lengua y la literatura en la Educación Media", nos abocamos a la tarea de revisar los planes y programas de estudio que configuran el currículum de todas estas carreras, especialmente en el ámbito de la literatura. La mayoría de ellas, divide con un criterio histórico y geográfico cuatro grandes ámbitos de estudio: literatura universal (entendiendo por tal la literatura clásico greco-latina y las grandes obras mundiales producidas en las distintas épocas en lenguas diferentes a la española), literatura española, literatura hispanoamericana (excluyendo la nacional) y literatura chilena. Sin embargo, la proporción de créditos, dimensión y profundidad son muy dispares. Por lo general, de los aproximadamente 50 créditos consagrados a la enseñanza de la literatura en el currículum total estas carreras, el 60% está destinado a estudiar los textos y contextos españoles. Basta con graficar la cronología de contenidos de estas carreras para darse cuenta de la enorme influencia de la tradición filológica peninsular, ya que prácticamente igualan cualquier índice de un buen texto —que los hay muchos— de la historia de la literatura española:

- Junto con analizar los orígenes y formación del idioma castellano, los rasgos geográficos y el panorama histórico de España, se inician los estudios de la literatura con la épica primitiva, en particular el Poema de Mío Cid, las jarchas y su entronque con la primitiva lírica popular. Berceo y el Mester de Clerecía, Alfonso X y la prosa literaria, la fábula y la sátira con Juan Ruiz, Juan Manuel, el Archipreste de Talavera; el Romancero, el cancionero y sus poetas, especialmente Santillana y Manrique, para culminar con la Celestina de Fernando de Rojas. En esta etapa, es absolutamente obligatorio leer el Poema de Mío Cid, Los Milagros de Nuestra Señora, El Libro de Buen Amor, El Conde Lucanor y La Celestina.
- Posteriormente se estudian y analizan las nuevas corrientes culturales y artísticas: Renacimiento y Barroco. La escuela italiana con Boscán y Garcilaso; la escuela tradicional con Cristóbal de Castillejo y Gregorio Silvestre; la escuela salmantina con Fray Luis de León; la escuela sevillana con Fernando de Herrera, la poesía mística con San Juan de la Cruz, la poesía barroca con Góngora y Quevedo. Además, el teatro del Siglo de Oro con Lope de Vega, Tirso de Molina, Calderón de la Barca, Rojas Zorrilla, Agustín Moreto o Ruiz de Alarcón. La narrativa del Siglo de Oro, con la novela picaresca, el Lazarillo, el Buscón y el Guzmán de Alfarache; los libros de caballería, básicamente el Amadís, que antecede a un profundo estudio (que habitualmente dura todo un semestre—curso) del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.
- Y llegamos al siglo XVIII, donde se analiza el espíritu crítico ensayístico de Feijoo y Cadalso, el teatro de García de la Huerta y L. F. de Moratín; la lírica de Meléndez Valdés; las fábulas de Iriarte y Samaniego.

- En el Romanticismo, la poesía lírica y la poesía narrativa representada con Espronceda y Zorrilla; el teatro romántico de Rivas y Zorrilla. la prosa romántica de Mariano José de Larra, y el post-romanticismo de Bécquer, Rosalía de Castro y Campoamor; la novela realista y naturalista de Pereda, Galdós, la Condesa de Pardo Bazán y Leopoldo Alas, junto a la crítica de Menéndez Pelayo.
- Para llegar por fin a la archi-estudiada generación del '98. Es absolutamente obligatorio leer a Unamuno, Azorín, Baroja, Maeztu, Antonio Machado y Ramón María del Valle Inclán.
- Por último, al entrar en pleno al siglo XX, se estudiará el modernismo con sus precursores y representantes españoles. Se analizará con atención a J.R. Jiménez y Manuel Machado y las sonatas de Valle-Inclán; la generación poética del '27 con R. Alberti, García Lorca, Alexandre, Guillén, Dámaso Alonso y Cernuda. León Felipe y Miguel Hernández. En el ensayo a Ortega, Marañón y D'ors, para concluir en la novela de postguerra de Cela, Delibes y Laforet. Unas breves pinceladas al teatro español, hasta Buero fundamentalmente, y un brevísimo repaso a la lírica más "actual" de Blas de Otero, Celaya y otros.

Curiosamente (o no tan curiosamente) aquí se produce un corte que se prolonga ya más de la cuenta en cuanto al conocimiento tan prolijo y ortodoxo de seguimiento de la literatura española que se había llevado hasta esa fecha. Muchos elementos pueden esgrimirse como explicación; el corte profundo que produce la guerra civil, que desplaza a influyentes y connotados intelectuales españoles a América Latina, en el sur, especialmente a Buenos Aires, quienes llevaban consigo esta trascendente escuela filológica que irradiaron a todo el cono sur; fue una traslación única y hasta ahora no repetida, que si bien dejó huellas imperecederas en los literatos y estudiosos, con el paso de los años fue creando el vacío que anotamos. Por otro lado, los acontecimientos socio-políticos españoles derivan en un ensimismamiento o al menos en una marcada limitación de intercomunicación entre España y América del Sur. Y en el caso chileno, nos toca vivir otro período prolongado de enclaustramiento generado por la dictadura militar, que provoca el exilio de los más connotados intelectuales, hecho particularmente sensible en las aulas universitarias. Con ellos —especialmente con los mayores— se va también gran parte de esta tradición filológica hispánica. Este elemento negativo, puede considerarse inversamente proporcional al ocurrido con el exilio español, ya que un gran número de los intelectuales chilenos que debieron abandonar el país, buscaron refugio en España. Creo que no es difícil, aún hoy, encontrar a muchos connacionales en las aulas universitarias de la Península, los que naturalmente, aportan un gran conocimiento y valoración de la literatura chilena e hispanoamericana.

Subyace a estos últimos sucesos, externos al hecho artístico, la creciente fluidez, maduración y propagación de una joven, y por ende, renovada y vigorosa literatura latinoamericana, que hará volver los ojos de profesores y estudiantes hacia estas manifestaciones, que, además de su innegable atractivo, hablarán de lo nuestro, del entorno, del ser y el saber latinoamericano, desplazando, no sé si el interés, pero al menos el conocimiento de la literatura peninsular de los años setenta en adelante. Adelantándonos, aquí tenemos entonces la primera manifestación de los encuentros y desencuentros: el imperativo formal de nuestra educación, que nos acerca a un riguroso conocimiento de la literatura española, y, coexistiendo, un vacío temporal enorme, que va desfasando el conocimiento de las más actuales manifestaciones contemporáneas de esta literatura.

Pues bien, tenemos ya a este Profesor de Castellano con un conocimiento bastante sólido de la historia de la literatura española, quien, habitualmente, y como es natural, traslada este conocimiento enciclopédico, de una manera repetitiva, y muchas veces irreflexiva, a las aulas de la Enseñanza Media. Los programas de este nivel, contienen, por el peso de la tradición antes referida, siguiendo, sino con la misma cantidad y profundidad, el esquema histórico reseñado anteriormente. Los jóvenes que se ven enfrentados a esta enorme e influyente tradición, tienen edades que oscilan entre los 14 a los 18 años. Muchachos actuales y actualizados como la mayoría de los jóvenes de este mundo, con acceso a la Televisión vía satélite, a la computación y a sofisticados sistemas de comunicación, a los cuales, nuestras ver-

daderas catedrales constituidas por Góngora, Quevedo, Cervantes, Unamuno, Lorca o Valle Inclán muy poco le pueden comunicar, no porque no contengan esa riqueza espiritual reconocida mundialmente, sino porque muchas veces los alumnos no pueden o sencillamente no quieren buscar ese valor innegable, actitud que para nosotros resulta incomprensible en un primer momento, pero luego, con calma, debemos reconocer que mientras los profesores hicimos de la enseñanza de la literatura un constante retorno o mirar hacia el pasado, ellos buscaban un medio de entender —no lo pretérito—, sino el presente, y con él buscar la fórmula de proyectarse al futuro.

Mis expresiones anteriores no son sólo intuiciones respaldadas en la opinión generalizada de desencanto que invade a los profesores de literatura, me arriesgo a decir, en todo el mundo hispánico. Estas tienen un respaldo empírico. En la misma investigación que antes señalaba, entrevistamos a un significativo número de estudiantes de Enseñanza Media, para conocer su opinión y la percepción que tenían de la enseñanza que se les impartía en literatura. Confieso que nos llevamos varias sorpresas. Prácticamente, el 80% confesó que le agradaba leer, pero, atención, no los libros que le sugerían en el colegio, sino, los que respondían a sus particulares áreas de interés. Al preguntárseles cuáles manifestaciones literarias de las estudiadas en el colegio le atraían más, respondieron con absoluta lógica: el primer lugar, literatura chilena, luego, en menor proporción, literatura hispanoamericana y, muy al final, literatura española. Especificando más, les preguntamos ¿Cuáles libros eliminarías del programa de la asignatura? Obtuvimos —para nosotros— una descorazonadora respuesta: el 70.2% colocó en primer lugar, El Poema de Mío Cid, en segundo lugar al Ingenioso Hidalgo, en tercero al Lazarillo, y luego Fuenteovejuna y una larga lista de las más notables obras de nuestra pretérita literatura. Anotamos allí no otro desencuentro, sino el desencuentro más importante, y que naturalmente, no es privativo sólo de la realidad chilena, sino, con toda seguridad de todo el mundo latinoamericano, por no arriesgar límites mayores. Hay aquí un desfase cultural, un proceso de descontextualización importante, que nos debe hacer a todos buscar otras fórmulas y metodologías para cambiar nuestras arcaicas formas de enseñanza, y conciliarlas con los intereses de los estudiantes. De lo contrario, el conocimiento, estudio, análisis e interpretación de la literatura quedará restringido a este tipo de eventos, en que nos reunimos los convencidos. Pero creo que eso no es lo que buscamos; muy por el contrario, deseamos irradiar este conocimiento para que el mayor número de personas tenga acceso a este extraordinario mundo imaginario.

Otro aspecto importante de señalar en este contexto, es el relativo a las prácticas críticas con las cuales se enfrenta a esta literatura. Cabe resaltar que este ámbito en Chile está reservado, salvo contadísimas excepciones, a las universidades y sus departamentos de filosofía, estética y literatura. El desarrollo de la teoría literaria en el país y la praxis crítica se han caracterizado por su heterogeneidad y profundos desniveles en relación con su espesor intelectual, debido principalmente al proceso de transferencia asistemática de modelos y métodos provenientes de tradiciones culturales extranjeras, aplicados mecánicamente a producciones literarias generadas en contextos socioculturales distintos. Al referirme a métodos y modelos extranjeros, señalo básicamente, franceses y norteamericanos. Lo anterior, ha condicionado el desarrollo de prácticas críticas autorreferentes y muy parciales, que poco han aportado al esclarecimiento de los procesos culturales que influyen en la configuración del panorama literario en Chile.

Durante el presente siglo, estos continuos procesos de adaptación teórica y práctica resultan particularmente interesantes en los últimos cincuenta años, hecho que coincide con una creciente diversificación e importancia de las ciencias humanas al interior del sistema universitario chileno (Epple, 1990), y la progresiva consolidación de equipos de trabajo y de publicaciones especializadas que trascienden el marco de la crítica historicista, subjetivista e impresionista dominante tanto en las universidades como en la crítica de divulgación en diarios y revistas. La situación de la crítica en los últimos veinte años, está marcada en primer término, por una fase de neutralización del desarrollo productivo, y la progresiva imposición de enfoques marcadamente inmanentistas, cuyas fuentes se encuentran en una lectura parcial (privilegio de los modelos analíticos por sobre los supuestos ideológicos de los mismos) de los aportes del formalismo ruso y del estructuralismo francés. Parece no difícil constatar en esta etapa un repliegue autorreferente y un manifiesto distanciamiento de los procesos literarios y culturales del momento, motivado

tanto por mecanismos de censura o autocensura en la producción crítica. A partir de los años '80, básicamente con los aportes provenientes de la semiótica, la pragmática, la teoría del texto, la teoría de la recepción, entre otras, amplían el marco de la lectura y de estas prácticas críticas. A partir del retorno de la democracia, hecho tan reciente, la mayoría de los profesores universitarios tratamos de configurar el panorama del desarrollo de los estudios literarios, modelos teóricos y prácticas críticas de la literatura en Chile. En mi caso particular, y en conjunto con mis colegas Juan Armando Epple (de la Universidad de Oregón, EE.UU.) y Oscar Galindo de la Universidad Austral de Chile, estamos empeñados en llevar adelante un Proyecto que clarifique este panorama en los últimos cincuenta años.

En la heterogeneidad antes reseñada, no se visualizan puntos de contacto entre las prácticas críticas españolas y las nacionales, lo que acrecienta el distanciamiento cultural en esta materia entre los dos países, configurando otro punto de desencuentro, que sumado a los anteriores, nos hace preguntar —y se lo están preguntando fuertemente en Chile en estos instantes— ¿qué sentido tiene proseguir en un esfuerzo unilateral de difusión, estudio, análisis e interpretación de textos literarios españoles, tan característicos en nuestras universidades y establecimientos de enseñanza media? ¿Qué aspectos de intercambio respaldan este esfuerzo al que la tradición le ha dado tanta solidez? ¿Existe de igual modo una preocupación por la literatura chilena e hispanoamericana en los planes y programas de la educación formal española? (no digo de las universidades, ya que me consta la existencia de excelentes departamentos de literatura hispanoamericana).

El esfuerzo por responder estas preguntas, sírvame para concluir esta exposición con algunos planteamientos a modo de sugerencias:

- *Creo que el estudio de la literatura española, como todas las literaturas que asientan su prestigio en grandes obras, expresiones de verdaderos genios literarios, no sólo debe, sino tienen que estudiarse en los sistemas educativos de cualquier país, pero atendiendo al imperativo, de su análisis global, contextualizado, actualizado y coherente, para lo cual, el intercambio y acceso expedido a fuentes de información, bibliotecas, y bibliografía en general, debiera ser preocupación fundamental para las autoridades político educativas de ambos países. De otro modo, el esfuerzo unilateral de un país, de un sistema educativo, por muy asentada que esté la tradición, corre el riesgo de debilitarse, promoviendo la desaparición de estos vínculos al muy breve plazo.*
- *Uno de los intercambios más notables y productivos es el que se puede establecer a través de programas conjuntos de doctorado en la especialidad (tanto literaria como educacional). Habitualmente, en la actualidad, se piensa que un buen sistema de cooperación académica es traer de latinoamérica a profesores para que sean doctorados en España. Esta "traída" del profesor a España —experiencia de extraordinario valor que me tocó en suerte vivir durante tres años en Madrid—, si bien constituye un esfuerzo encomiable, pudiera ser mucho mejor aprovechado por ambos países, con un sistema de doble envío, que hace del valor del esfuerzo conjunto, una proyección e irradiación institucional enormemente significativa. Quienes estamos aquí, sabemos que en la actualidad, el nivel alcanzado por la educación chilena, hace perfectamente posible, factible y provechoso un intercambio de esta naturaleza.*
- *Por último, creo que sería una omisión imperdonable, si en estos foros, no diéramos cuenta de los encuentros y desencuentros de nuestras culturas, con el fin de mantener, acrecentar y darle real valor a los primeros, y anular y rechazar las causas (a veces, verdaderamente nimias) que derivan en los segundos.*